

CAPITULO 8.*

Descripcion de todo lo que pasó en el segundo viaje del Almirante Colón, hasta su vuelta à España; diferencias entre el padre Bóil y el Almirante.

Habida la bula del pontífice Alejandro VI, como se ha dicho, determinaron los Reyes despachar á este grande hombre otra vez para las Indias con mayor aparato de gente, con el fin de descubrir y poblar en aquellos remotísimos países; quedando todo arreglado, é instruido el Almirante del particular orden que le intimaban sus Altezas de que los indios fuesen bien tratados y con dádivas y buenas obras atraídos á la santa fé, y que si los castellanos los tratasen mal fuesen severamente castigados; se despidió del Rey y de la Reina, y del príncipe de España, dejándole por pajes suyos á sus dos hijos, y fué á Sevilla, á donde en virtud de las órdenes de sus Altezas Juan Rodriguez de Fonseca dean de Sevilla (que despues fué presidente de Indias) le tenia aprestada la flota que debia mandar, y bien proveida de artillería, de municiones de guerra y de boca, no tan solamente las precisas para el viaje, mas aun para dejar en las colonias la que juzgase conveniente establecer. Se embarcó tambien crecido número de caballos de Andalucía, herramienta de toda especie, é instrumentos propios para beneficiar minas y purificar el oro; mucha cantidad de mercaderías para trocar, rescatar y regalar á quien le pareciese al Almirante; se hizo provision competente de semillas de varias plantas de España, como de trigo, cebada, arroz y semillas de todo género de legumbres, de vides y otros árboles que allá no habia, como tambien ganados, y varias cosas necesarias para la vida humana, que fueron de mucho costo para los Reyes, y con el particular cuidado de que no les faltase así á los que acompañaban al Almirante en tan heroicas hazañas, como á las nuevas gentes que se trataba de reducir por bien con la predicacion evangélica; y en fin, todo lo que pareció necesario para formar un nuevo establecimiento, y para poblar aquellas tierras, como oficiales de todas artes, hombres de trabajo y labradores. Mas de mil y quinientos voluntarios, la mayor

exactitud de la historia. He tenido que suprimir como dos pliegos de inconducencias del padre Vega, en que ha escrito menos como historiador que como fraile franciscano, para probar que el padre Bóil no era benedictino sino francisco: lo que importa saber es que fué un varon asáz tonto y caprichudo como buen catalán: que hizo mas daño que provecho á la expedicion de Colón: que fomentó las desazones de Margarit y otros, y que la mejor cosa que pudo haber hecho fué regresar á España à rezar salmos en el coro de su convento.

parte caballeros hidalgos, concurrieron al husmo del oro y de las otras cosas nuevas de aquellas tierras, y algunos de nacimiento ilustre quisieron hacer el viaje á su costa; pero fué necesario reformar el número de los pasajeros, hasta que se viese en alguna manera como iban las cosas en aquellas partes, porque no se podia acomodar á tanta gente como era la que queria embarcarse, no componiéndose la armada mas que de diez y siete navios: otros dicen de diez y ocho (40) entre grandes y pequeños, que no eran del mayor buque. Con todo no se pudo estrechar tanto el número de la gente, que no llegase como á mil y quinientas personas. La Reina costó el viaje á la mayor parte de los pasajeros, é hizo el gasto de una gran cantidad de artesanos. Ninguna expedicion se hizo con mas ardor de parte de los Reyes y de sus vasallos como esta, pues todos hasta los grumetes se prometian hacer una fortuna rápida en este viaje. Nombraron los Reyes por capitán general de la flota, y de las Indias por nueva cédula al Almirante Colón, y para volver con ella, á Antonio Torres hermano de la ama del príncipe D. Juan, persona prudente y hábil para aquel cargo. [41]

Como la intencion principal de los Reyes católicos era la conversion de aquellas ciegas gentes, para cumplir lo que su santidad mandaba en su bula acerca del cuidado que se debe tener en la conversion de los indios, buscaron en todos sus reinos tales personas como convenia, así eclesiásticos como seculares para poblar tierras nuevas y cultivarlas santa y rectamente en lo espiritual y temporal, sobre todo religiosos de santa y aprobada vida: en especial fué escogido para eso el padre Fr. Bernardo Bóil, catalán y fraile menor como queda dicho, al cual el mismo santo padre dió plenísimo poder para la administracion de la iglesia, y casos arduos ocurrentes en estas partes, como cabeza y prelado de los clérigos y religiosos en número de doce que iban en su compañía, todos sacerdotes, virtuosos y doctos, para introducir el culto divino y la fé de Cristo nuestro Señor en los indios. Uno de los clérigos era D. Bartolomé de las Casas ó Casaus, quien despues fué religioso de santo Domingo y obispo de Chiapa. Dieron á estos misioneros todo lo que necesitaban para el culto divino, ornamentos, vasos sagrados é imàgenes, que cuenta por menor en su crónica de Indias Gonzalez Fernandez de Oviedo. Concluidos todos estos preparativos, salió con esta segunda armada el Almirante Colón de la bahía de Cadiz, el dia veinte y cinco de setiembre del año de mil quatrocientos noventa y tres, dirigiendo su rumbo al sudéste por las islas Canarias, yendo con Alonso de Ojeda y Juan Ponce de Leon, que se distinguieron tanto despues en los descubrimientos del nuevo mundo.

[40] *Illescas hist. pontifi. lib. 6 vida de Pio III pág. 132. Gonzalez Ferlin. de Oviedo lib. 2 cap. 7 Chron ind.*

[41] *Murillo Geograf. hist. lib. IX cap. 1. de la América, Illescas.*

Llegó el Almirante à la gran Canaria á once de octubre, donde surgió, y à media noche dió la vuelta para ir à la Gomera, donde llegó el sábado quince de octubre, y ordenó con gran presteza, que se tomase cuanto necesitaba la armada. Allí se compró gran porcion de terneras, cabras, carneros, lechones y de todo género de aves, para que se multiplicara la eria de aquellos animales en la Española como ha sucedido á medida del deseo, propagándose con increíble aumento. El día diez y siete de octubre siguió su camino, tomando su rumbo mas àcia el sur que no en su antecedente navegacion, y habria andado como mas de cuatrocientas leguas con próspero viento, cuando por los chubascos que sobrevinieron, conoció el Almirante que estaba cerca de tierra; así es que mandó quitar algunas velas y estar sobre aviso de noche. En efecto luego al amanecer vió tierra toda la flota con gran regocijo, mas por haber sido la primera que tocó despues de las Canarias, por el deseo que tenían todos de ver tierra la llamó *Descada*, y porque en la costa de Levante de aquella isla no se halló sitio conveniente donde dar fondo, atravesó la flota à otra isla, à la cual llamó *Marigalante* el Almirante, porque así se llamaba su navio, donde echó gente en tierra, y con escribano y testigos tomó posesion. Otro día se reconoció una quarta isla que se llamó la *Guadalupe*, por devocion de una imágen ó iglesia de este nombre muy célebre en Cataluña. Envió el Almirante las lanchas à tierra, y no hallaron gente, porque se habian huido à los montes: solo reconocieron con admiracion en la playa una pieza ó madero de navio, que los marineros llamaban *codaste*, que pareció ser obra trabajada en la Europa, y en un pueblezuelo que parecia en la costa, se encontraron algunos indios de ambos sexos, que los isleños luego que vieron la lancha abandonaron, y no habia mucho que los habian robado y saqueado los de la isla de *Boriquén*. Estos pobres indios rogaron à los españoles que los llevasen à los navios, enseñándoles las tristes reliquias de sus compañeros, que los bárbaros se habian comido, asegurándoles que como los de aquella isla eran caribes inhumanos, les era inevitable hubiese allí fuerte. Se les concedió la gracia que pedian, y de ellos se supo que por allí cerca estaba la tierra firme, y muchas islas que nombraban à cada una por su nombre. Preguntóles por la Española, que en lengua de ellos se llamaba *Hayti*, y señalaron la parte donde caia. Los días siguientes descubrió el Almirante consecutivamente muchas otras islas, à quienes dió nombre: estas fueron *Monserate*, *Antigua*, *S. Martin*, *S. Cristobal*, *Santa Ursula*, y las once mil *Virgenes*: despues aportó à la isla de *Boriquén* que llamó San Juan Bautista, à que se añadió la denominacion del *Puerto Rico*: seria porque Colón se detuvo allí algunos días para hacer aguada, y entre tanto la gente pescó diversas especies de pescados, y corriendo la playa encontró al poniente muchas y buenas casas aunque de paja y madera que formaban una plaza con una calle muy larga que tenían su salida hasta la mar, cuyas paredes eran de cañas cruzadas,

con verduras y labores de diversas plantas; es cierto que es la isla amenísima, y sus árboles frondosos: tenia calles enteras de naranjos, frutas de la tierra, como plátano, piñas, zapotes, guanabanas, chirimoyas, y muchas otras circunstancias apetecibles à los pobres navegantes, que no refiero por no dilatar mas esta narracion. Despues de haber descubierto el Almirante lo que llamamos las pequeñas Antillas, llegó el viernes veinte y dos de noviembre por la parte del norte de la isla de *Porto-Rico* ó *Boriquén* à la Española, y desembarcó en la bahia de *Samaná* que habia llamado Puerto de Plata: allí echó à tierra uno de los indios ya bautizados que llevaba consigo, para que refiriese à los indios las grandezas de Castilla, y los indujese à la amistad de los cristianos; pero nunca mas se supo de él despues, que desde luego se debió de morir: pasó adelante à surgir à *Monte Cristo*, y despachó la lancha à tierra, donde no se vió gente alguna, tan solamente se encontraron dos hombres muertos à la orilla del rio, que tenían al cuello unas sogas de esparto, los brazos estendidos y atadas las manos à un palo en forma de cruz; pero no se pudo distinguir, si eran indios ó cristianos, de que se formó sospecha que los habian ahorcado, y se tuvo à mal agüero. Con esta noticia envió el Almirante mas gente por diversas partes para saber de los castellanos que habia dejado en la villa de Navidad, y estando ya le flota anclada à la entrada de Puerto Real mas abajo del paraje donde se habia hecho la fortaleza, llegó una canoa con dos indios que preguntaron por el Almirante, pero no quisieron entrar hasta ver y conocer al este, que se vió precisado à salir à hablarles, y entonces sin temor alguno le saludaron los indios de parte del Rey Guacanagari, diciendo que se le encomendaba mucho, y en su nombre le presentaron un regalo de máscaras y oro muy competente. Preguntándoles el Almirante por los cristianos que habia dejado con ellos, respondieron que algunos habian muerto, y que otros habian ido tierra dentro con sus mugeres: bien coligió el Almirante que todos ó la mayor parte habian muerto, no obstante hubo de disimular, y volió à enviar à los indios con un presente de varios dijos y costillas de laton para su amo Guacanagari, y el día veinte y ocho de noviembre entró con su armada en el puerto que está adelante de la villa de la Navidad, y la halló toda quemada, siendo el primer espectáculo que ofreció à la vista de los cristianos ver las ruinas de la fortaleza, sin que aquel día viesen por todo aquel contorno persona alguna. Salió el Almirante à tierra, y tuvo la mayor pena de no hallar à quien preguntar, y de ver el estado de la fortaleza y de las cosas de los españoles; cerca de ella se hallaron unos cuantos cuerpos muertos recién enterrados, y mas adelante otros, y conocieron eran cristianos en algunos vestidos, y parecia que no habia mas de un mes que habian sido muertos. Mientras deliberaba el Almirante sobre el partido que debia tomar en una coyuntura tan triste y delicada, vino à hablarle un hermano del Rey de Marien, acompañado de algunos indios, los cuales ya sabian

decir algunas palabras españolas, y manifestando en la tristeza de su semblante su pena; le dijo: „Os causará admiracion sin duda, señor, el ver el estado tan deplorable de vuestra fortaleza y guardacion, y quizás habreis sospechado ya alguna traicion de parte de mi hermano; pero escuchadme un rato, y confesareis entonces que mi hermano Guacanagari ha sido en tu ausencia tu mas fiel amigo, pero sí el mas desgraciado de los hombres. Apenas parlisteis, señor, que los vuestros comenzaron á estar desconformes entre sí, todos querian mandar y ninguno queria obedecer á su superior: cada cual iba por donde le parecia, y donde dirigía sus pasos, no era mas que para ejecutar violencias con nosotros; robaban insolentemente las mugeres y todo el oro que podian, y cometian otros graves desórdenes: mientras no se estendieron sus vejaciones mas que sobre los vasallos de mi hermano, no tenian ciertamente que temer, porque no pensábamos sino en huir de su encuentro con la esperanza que habias de volver presto, para hacer cesar tanto desorden; pero luego que se metieron por las tierras de otros caciques, no fueron recibidos con igual miramiento, y á cuantos pudieron coger apartados, á tantos mataron, sin darles cuartel alguno. Algunos penetraron hasta las minas de Cibao, que caen en los estados del cacique Caunabo, el cual despues de haberlos hecho dar muerte, vino á poner sitio á la fortaleza con mucha gente, donde no habia mas de diez personas con el comandante D. Diego de Arana, que perseveraron con él y se defendieron con mucho valor; pero una noche llegó Caunabo á poner fuego á las casas y á la fortaleza, y no fué posible apagarlo: los cristianos sitiados huyeron temerosos al mar, donde se ahogaron, y los demás se habian esparcido por la isla. Mi hermano Guacanagari salió con diligencia á pelear con Caunabo, para defender á los cristianos sus amigos y aliados, y ya que no los pudo libertar, quiso vengarlos: vinieron á las manos ambos caciques: venció á Caunabo, mas quedó herido, y cediendo á la fuerza, hubo de retirarse, y todavia no está sano de sus heridas. Este es el único motivo que le ha impedido de venir en persona á manifestarte el sentimiento que le ha causado la desgracia sucedida á los de vuestra nacion.“

Aunque éste discurso del hermano del Rey de Marien estaba concorde con la relacion que algunos cristianos enviados por el Almirante, para informarse del hecho habian traído, de que habiendo llegado al pueblo principal donde residia Guacanagari, le vieron malo de las heridas, con que se escusó de no poder ir á visitar al Almirante, no quedó enteramente persuadido este gefe: no faltaron muchos del ejército, y el principal fué el padre fr. Bóil, que aconsejaba que se prendiese á Guacanagari, porque habian quedado encomendados á él los cristianos hasta que diese mejor disculpa, y se descargase mejor de la muerte de los españoles; y en verdad parece que se podia sospechar que él mismo habia hecho el daño que achacaba á Caunabo: muchos lo han creído asi por

indicios muy convincentes, que podian provenir tanto de parte de la timidez natural de esos pueblos, como del testimonio de una conciencia culpable. Dice Pedro Martin de Angleria (autor fáctico en dar crédito á los primeros rumores populares, como lo han observado juiciosos criticos) que fué el Rey de Marien ciertamente convencido de haber sido el que mandó matar á los cristianos: que su herida fué fingida, y que el Almirante se disponia á tomar la justissima venganza de su perfidia; pero otros historiadores mas clásicos y mejor instruidos, lo hacen inocente, y como se verá en la série de esta historia la conducta de Guacanagari, siempre tan afecto á los españoles, abona sobradamente su sinceridad é inocencia en este caso de que se trata. Lo cierto es que el Almirante tomó el mas sábio partido, dejando á un lado su desconfianza, y no admitiendo los consejos violentos que le daban. „No resucitarémos los muertos (les decia) no conviene entrar en la tierra castigando, y pues no podemos establecernos en ella sin consentimiento de su dueño, ¿por qué con una guerra que se puede escusar nos hemos de exponer á sus contingencias? bueno será asegurarnos primero, fortificar y poblar viviendo sobre la desconfianza, y con el tiempo ir averiguando el caso, y si se hallase culpado el cacique, no se nos escapará sin llevar el merecido castigo.“ No quiso Colón dar aun á conocer que sospechaba de la fidelidad del Rey de Marien: quiso cultivar su amistad, y como le habia enviado á rogar por los cristianos que fuese á visitarle, pues que se hallaba tan malo que no podia salir de casa, luego el Almirante le fué á hacer la visita, y el cacique le contó con señas de gran sentimiento lo que habia sucedido como se ha espresado. Despues de haber hablado un rato, regaló este príncipe al Almirante ocho ceñidores de cuentecillas de unas piedrecitas de distintos colores, muy estimadas de aquellos isleños que llamaban *civas*: tres calabacillas llenas de granos y polvo de oro: una corona de oro, y mas de cien tejillos del mismo metal, y el Almirante en retorno le dió muchas cosillas de quiacallería, que fueron mas estimados del cacique, que todo el oro de las minas de Cibáo. No obstante que estaba gravemente enfermo, quiso ver la armada, y lo que mas le gustaba eran los caballos, y para complacerle Colón hizo picar algunos en su presencia.

Considerándose el Almirante seguro de aquel príncipe, y teniendo ya bien confirmada su lealtad, trató de formar un establecimiento sólido para precaver estos y otros daños de la naturaleza del referido, y para reparo de lo que en adelante se ofreciese. Bien hubiera deseado fundar en el reino de su amigo Guacanagari, pero no hallaba que la provincia del Marien fuese á propósito, por ser tierra baja, y como se encharcaban las aguas la volvian mal sana, y á mas de esto no habia piedras ni materiales para edificar: fuera de eso queria acercarse á las minas de Cibáo. Resolvió, pues, que lo mejor era adelantarse ácia el léste, y el dia siete de diciembre salió de Puerto Real con toda su armada, con el intento de surgir en Puerto de Plata, cuyo país le habia parecido hermoso.

y fértil, y buscar allí buen asiento para poblar. Pero fueron tan contrarios los vientos, que se vió en gran trabajo, de tal suerte que hubiera perecido en la costa à no haber aparecido como à dos leguas del léste de Monte Cristo un rio grande que salia à la mar, donde entró. Tiene este rio como cien pasos de ancho, y forma un buen puerto, aunque descubierto por el norte: domina el puerto una cordillera de montes, y desde la cima se descubre una vega muy graciosa. Hizo el Almirante reconocer el pais, y le aseguraron que sus tierras eran muy buenas, y podian ser mas fértiles sangrando el rio que se podia pasar por acequias el agua dentro de la poblacion, y para hacer molinos, y conseguir otras comodidades para edificar: que se encontraban en cualquiera parte piedras buenas para fabricar, y otras de cal para hacer mezcla. En vista de estos, buenos informes, determinó el Almirante poblar allí: mandó desembarcar la gente que venia bien cansada, y trazó el plan de la ciudad que queria fabricar sobre una plataforma bastante ancha situada y rodeada de montes, y como cada cual metia mano à la obra, bien presto tuvo la colonia en que alojarse, y ponerse à cubierto: era lo mas urgente y no se necesitaba mucho tiempo, ni el mayor empeño para hacer casas de madera, de paja, y de hoja de palmas. Mas tiempo se gastó en fabricar la iglesia, el arsenal, y la casa del gobernador, porque se hicieron estas fabricas de piedra y cal de que habia abundancia, y despues se fueron haciendo las casas públicas de piedra, las demás de madera y paja, conforme la posibilidad de cada uno. Esta nueva ciudad fué la primera que se fabricó y fundó por los europeos en el nuevo mundo, y el Almirante la puso el nombre de *Isabel*, en memoria de la Reina Doña Isabel. Corrió el padre fr. Bernardo Bóil con la fabrica de esta primera iglesia (42) de las Indias tratando desde luego de edificar un monasterio para vivienda de sus misioneros, siendo la primera diligencia à que debia atender, y en efecto no perdieron tiempo el vicario apostólico y sus doce compañeros; porque apenas pusieron pie en tierra en la isla, y concluyeron su iglesia y convento, que comenzaron à trabajar en la conversion de los indios; aunque se puede decir con Gomara (43) que la habian principiado los Reyes católicos que sacaron de pila los indios que recibieron la gracia del bautismo dignándose de ser sus padrinos. (44) Que el vicario apostólico (el padre Bóil) fabricase la iglesia primitiva de l:s Indias consta de los autores que con gran diligencia registró el citado D. Gabriel de Cárdenas, siendo repugnante como se ha dicho que el padre Marchéna acompañase à Colón en su primero y segundo viage,

[42] *D. Gabriel de Cárdenas. Prólogo à los comentarios del Perú Circasfem.*

[43] *Francisco Lopez Gomara fol. 3 hist. Indias ibid. cap. milagros, conversion fol. 19 parte 1.*

[44] *Gonzál. Fernand. de Oviedo, lib. 2 cap. 7 crón. ind. est por Cárdenas prólogo ut supra.*

y en caso de haberse fabricado en la Navidad iglesia macisa, y convento de ramos en memoria del padre fr. Juan Perez de Marchéna por los franciscanos que segun mi congetura, fueron con Colón en su primera navegacion. Como halló el Almirante en su segundo viage destruido su presidio y abrazado, y en consecuencia ni rastro quedaria de la iglesia y casa Pereciana, que quiere Oraldo fuese la única que hubiese y encontrase el padre Bóil; de todos modos le fué preciso al vicario apostólico erigir iglesia, y alojar à sus compañeros los que de pronto tal vez fabricaron casas pajizas sueltas al derredor de la iglesia hasta tanto se pudiese hacer un monasterio formal donde pudiesen acomodarse; siendo mas verosímil que por la diversidad de institutos de sus misioneros cada cual quisiese vivir aparte por entonces.

Estando la gente entretenida en la construccion de esta nueva ciudad, y de sus casas, se hicieron sentir los efectos de la hambre; sea porque no hicieron bien las provisiones de boca; sea que por el poco cuidado en su distribucion y guarda, estaban escasas y podridas, añadiéndose la fatiga del viage, el trabajo continuado de las obras en el que todos estaban iguales, la mudanza de temperamento, y los excesivos calores; comenzaron los nuestros à enfermarse de golpe, y el Almirante como que llevaba todo el peso de la flota, y de todo lo que se disponia en tierra para corresponder à las esperanzas que de él se habian concebido en tan importante negocio, cayó primero enfermo, y aunque en cama, solicitaba la obra de la villa y daba calor à los trabajos, aprovechándose como hábil político de las disposiciones en que hallaba à los suyos, que con la esperanza de enriquecerse no perdonaban cualquiera fatiga sufriendo con entereza los rigores del hambre y de la necesidad; y para entretenerlos con sus esperanzas de una fortuna muy grande y cercana, determinó enviar à reconocer las minas de Cibáo; mas como por su enfermedad no podia ir en persona à saber lo que creia ser Cipango encargó esta comision à Antonio de Ojeda, esforzado capitán, dándole un destacamento de quince soldados bien armados. El capitán Ojeda era hidalgo que habia servido al duque de Medina Sidonia, de cuerpo pequeño, pero se decian cosas increíbles de sus fuerzas y agilidad, de un ánimo intrépido y grande, capaz de mayores empresas, mas ambicioso que nadie, de un corazon muy altivo, nada interesado, y de un genio muy fecundo en arbitrios: ninguna dificultad apocaba su gran valor; pero era desgraciado en sus empresas, tanto que zozobraba en las mas bien concertadas. Luego que salió el capitán Ojeda de la Isabel, caminó ocho ó diez leguas por un pais despoblado, y entrando por una cañada de montes muy estrecha, dió en una hermosa vega llena de poblaciones bien cultivada, y entrecortada de un gran número de arroyuelos, que van por la mayor parte à dar al rio *Yaqui*. Desde donde estaba Ojeda no tenia que andar mas que diez ó doce leguas para ganar las minas de Cibáo; pero como todos los caciques le recibieron con mucha cortesía, y tenia que atravesar muchos arro-

ros y ríos de aquella provincia, se tardó cinco días para llegar à *Cibão*: conforme iba caminando mas experimentaba que entraba en un país abundante de oro. La mayor parte de los ríos que pasaba arrastran en sus aguas pajas y granos de oro revueltos con arena, al fin se halló al pie de los montes de *Cibão*: esta voz significa montaña peñazcosa derivada de *Ciba*, que quiere decir en lengua de indios una peña ó un guijarro, la entrada de esa region es muy espantosa à la vista, por la altura y fragosidad de los montes; pero en recompensa se respiran allí aires muy puros y sanos, y corren por todas partes ledos arroyos de aguas muy cristalinas: los indios que acompañaban à los castellanos, cogian oro en su presencia à cada paso. Ojeda muy contento con su descubrimiento, que correspondia tambien à lo que publicaba la fama de las minas de *Cibão*, cogió las muestras de oro que le pareció que bastaban para informar de la abundancia de este metal; y se volvió à la *Isabela* donde encontró al Almirante ya bueno, que se alegró mucho con estas noticias, y cobraron tambien nuevos alientos à vista del oro los del ejército, quienes en la fundacion de la nueva colonia, se habían disminuido con la muerte de bastantes cristianos, y los que quedaban, estaban ya para rendir, reducidos por la hambre y la desesperacion à un estado miserable y à una languidez mortal.

Aprovechóse el Almirante de esta buena coyuntura para despachar en este año de mil cuatrocientos noventa y cuatro, los doce navios de la armada, à cargo de D. Antonio de Torres, enviando à los Reyes católicos estas muestras de oro, y los regalos de valor que le habia hecho el Rey de Marien, con una relacion muy circunstanciada de lo que hasta este punto habia hallado, y se reservó dos naves y tres carabelas. Ya estaba la flota à punto de salir, cuando tuvo aviso el Almirante que algunos descontentos de la *Isabela* cansados por la fábrica de la nueva villa, y desazonados por las enfermedades que los aquejaban cuando creian que el Almirante al instante que saltaron en tierra habia de cargar mucho oro, sin hacerse cargo de la fatiga é industria que se requiere para cogerlo; llamándose à engaño intentaron secretamente revelarse, y dejando la obediencia del Almirante, tomar por fuerza los cinco navios que quedaban ó alguno de ellos para volverse à Castilla. Era cabeza de los revoltosos Bernardo de Piza, capitán de justicia de la corte, que habia venido con el armamento por contador del Rey. No creyó el Almirante que convenia hacerse desentendido sobre este principio de rebelion; mandó prender à *Bernardo de Piza* y ponerlo en un navio con propósito de enviarlo à Castilla con el proceso de su delito que no solo contenia el de la sublevacion, sino el de haber escrito falsamente algunas cosas contra el Almirante que habia hallado escondidas en cierto lugar del navio, y à los principales cómplices de la sedicion mandó castigar, aunque no lo hizo con la severidad que merecia el caso, siendo la conducta del Almirante tan sábia; mas como no siempre la

sabiduría es la que nivela los sucesos de los acontecimientos, este acto de justicia tan necesario en semejante circunstancia, y donde se guardaron todas las formalidades requisitas, fué el origen de la contradiccion que el Almirante y sus sucesores tuvieron en aquellas partes, y tuvo unas consecuencias muy funestas para él y toda su familia. Para precaverse de otra rebelion dejó buena guardia en las dos naves y tres carabelas, é hizo meter en la capitana todas las municiones y armas de los otros navios, para que ninguno pudiese alzarse con ellos, como la habian intentado mientras estaba enfermo, y esta fué la primera alteracion que se experimentó en Indias y dió márgen à sus émulos para que le infamasen, le notasen de cruel, y contradijesen sus preeminencias.

Ordenadas todas estas cosas y sosegada esta centella de revolucion, quiso el Almirante visitar las minas de *Cibão*, llevando consigo herramientas y operarios necesarios para fabricar allí una fortaleza: eligió para que le acompañasen un gran número de voluntarios y lo mejor de sus tropas; dejando al mas pequeño de sus hermanos D. Diego Colón por gobernador de la *Isabela*, marchó puesta en órden la gente, como cuando se va à la guerra, con casacas, clarines y banderas desplegadas. El fin del Almirante con llevar todo este aparato de guerra, fué para que los isleños conociesen el poder de los cristianos, y comprendiesen que cuando por aquella tierra hiciesen algun daño à los españoles que caminaban solos, como lo habian hecho con Arana, y los treinta y ocho cristianos que habian quedado con él, tenia poder para castigarlos à cualquiera movimiento que hiciesen contra su persona y tropa; pero no sacó de esta demostracion ruidosa todo el fruto que pretendia; espantó aun mas à los indios, cuando se esperaba veneracion y respeto para con él y los castellanos, y cuando Ojeda pasó por aquella tierra todos los indios venian con gusto à presentarse delante de éste oficial, y ofrecerle todo género de refrescos, y todos los servicios de que eran capaces; pero en esta ocasion huian por todas partes espantados luego que oian estos instrumentos militares y reconocian este aparato guerrero que los hacia temblar de miedo; sin embargo muy en breve volvieron en sí depuesto su susto, porque Colón luego que reconoció el mal efecto de su marcha ruidosa, trató con sus buenos modales y con regalos que hizo à éste pueblo tímido, asegurarse de su fidelidad. Caminó tres leguas, y como los indios hacen los caminos tan angostos que solo puede pasar un hombre por ellos, envió gastadores al cargo de algunos hidalgos, para que lo ancho abriesen por la garganta de las montañas que tenia que atravesar, no siendo posible de otro modo que pudiese transitar la caballeria: así pasó por un puente de una montaña bien áspera, à que puso por nombre el Puerto de los Hidalgos, por la razon dicha, y este fué el primer puesto que se hizo en Indias. Desde allí descubrió una vasta llanura que por ser tan fresca, verde y hermosa la llamó el Almirante la *Vega Real*: la atravesó por aquel parage que no tiene mas que cinco leguas de an-